

déspota asiático, entre cuyos caprichos se encontraba el de azotar á la mar y entre cuyas ambiciones la de someter á sus caprichos el Universo como había sometido los hombres. ¿Qué adelantaria la mecánica si se propusiese levantar grandes moles contrariando las leyes de la naturaleza? Pues nada adelanta la política en contrariar las leyes de la sociedad. Lejos de ir contra ellas se necesita ir con ellas. Así se alcanza que el espíritu y la naturaleza, que la inteligencia y el sentimiento os ayuden á la obra difícil de dirigir los pueblos sin reacciones y sin revoluciones al cumplimiento de sus destinos históricos, y de su misión divina sobre la tierra.

Mas fuese por culpa del gobierno, por culpa de la educación, ó por culpa de los ciudadanos mismos, lo cierto es que el partido democrático consumía sus mejores días y sus más vivas fuerzas en la difusión de esa utopía socialista, que no daña á la sociedad, constituida sobre bases inmovibles, pero que daña en mucho á las públicas libertades, amenazadas por la enfermedad que más fácilmente se contrae en las épocas de larga tiranía, por el terror social. Las asociaciones cooperativas, único medio encontrado hasta ahora de dar prácticamente al trabajo del obrero la importancia y los rendimientos del capital, eran anatematizadas como nuevas castas tanto más temibles cuanto tenían en las clases medias un pié, y otro pié en la democracia. No se avenían á nada estos reformadores milagrosos de la sociedad en un día; verdaderos profetas, y taumaturgos de la magia social; con visiones calenturientas y propósitos sobrenaturales como los antiguos místicos; decididos á cambiar la tierra en el eden de los árabes, por obra y gracia de sus sortilegios comunistas y de sus conjuros demagógicos. La división más espantosa reinaba en su seno; los unos querían la propiedad individual y los otros la colectiva; estos la herencia, aunque agravada por el fisco, y aquellos la abolición de la facultad de testar;

los de más aquí el crédito libre, pero gratuito, contradicción inexplicable, los de más allá el crédito por el Estado, retroceso evidente á los imperios asiáticos; el colectivismo y el mutualismo se daban la mano para embrollar las inteligencias con sus aparatosos sofismas y detener el progreso con sus aspiraciones fantásticas; el génesis social, escrito por millares de años, debía cambiarse en un día, por fórmulas contrarias á las eternas leyes de la gravitación natural de la política y de la economía, resultando de todos estos errores que mientras los republicanos buscaban por las cimas etéreas de un idealismo vago las sombras doradas de la utopía, mariposas que iban á desvanecerse en las tristes asperezas de la realidad, espejismos que iban á disiparse al día siguiente de la victoria, el Imperio se apoderaba de la realidad, y ponía su sello, la marca de la servidumbre en esos infelices, completamente incapaces de comprender que nada hay tan sencillo y fecundo, como reivindicar y conservar la libertad.

En estas condiciones de la política, en esta fiebre de los ánimos, la elección, próxima á empeñarse, debía ser verdaderamente perturbada y perturbadora. Las predicaciones socialistas daban fuerzas inmensas á la fracción más avanzada de nuestro partido que en la Cámara y en el gobierno, en la fortuna y en la desgracia, intentaba verdaderos imposibles, y se perdía y nos perdía por su sobra de exaltadas pasiones y su falta de sentido político. La candidatura de Rochefort encerraba el tipo perfecto de todas las elecciones de aquel tiempo, agitado por las exigencias inconvenientes de los electores, por las promesas impremeditadas de los candidatos, por las ridiculeces que cometían unos y otros en sus reuniones públicas y en sus programas políticos. Por de pronto Rochefort estaba ex-patriado, á causa de sañudas persecuciones que en él se cebaron fuertemente con motivo de sus folletos rebosantes de gracia, partos felices de su agudo ingenio. Y los electores

se quejaban de esta ausencia. El gobierno con verdadero acierto le alzó el destierro, le permitió el regreso, y le entregó un salvo-conducto para que llegara incólume á la presencia de sus electores y les repartiera en comunión estrecha sus ideas. Era aquel un acto verdaderamente político, digno de estadistas profundos y maquiavélicos, porque Rochefort ganaba mucho influjo con la gracia de su pluma chispeante, con el prestigio de su destierro inmerecido; y perdía muchísimo, al colgar el instrumento único de su poder, al salir de los arboles de la distancia, y presentarse en las justas de la palabra, para las cuales no le disponían ciertamente ni sus estudios ni su naturaleza.

Por fin aparece en una reunión. Era de ver el espectáculo de aquellas reuniones en sitios mal alumbrados y peor dispuestos, apenas capaces de la inmensa multitud que los llenaba, caldeados por las nubes formadas de tantos alientos y por la tormenta de tantas pasiones; verdaderos centros de exaltación en los cuales apenas podían abrirse paso las inspiraciones del buen sentido ni hallar eco el lenguaje de la prudencia. En cuanto Rochefort aparece, los pechos todos se abren á las exclamaciones más ardientes; los brazos se agitan á una con los ademanes más entusiastas; los ojos brillan como si quisieran devorar al hombre afortunado que personifica las ideas y los ensueños de toda una generación; y un clamor universal se alza de todas partes, clamor inmenso, como si quisiera herir las estrellas. El orador no corresponde sin embargo á este fanatismo. Poco ducho en las artes de la palabra; poco avezado á los combates de la tribuna; arredrado por el espectáculo de aquella muchedumbre, por el fragor del mismo entusiasmo que despertaba en los suyos, apenas dijo algunas frases baladíes que tenían el mérito de la brevedad, pues de haber sido largas, caen seguramente como sábana inmensa de nieve sobre aquel encendido volcán de delirante fanatismo. Lo más extraño del caso, y lo que

prueba cómo las muchedumbres tienen sus caprichos y sus favoritos al igual de los reyes, lo más incomprensible era ver que aquellos rojos, tan enemigos de la prestación del juramento al Imperio, aplaudían y ensalzaban á su escritor predilecto, porque lo había prestado. Cuando dejó la reunión, cuando se despidió dramáticamente de aquellos adoradores fervorosos, los gritos se redoblaron y el ruido llegó á parecer una tormenta.

Al día siguiente las reuniones son en mucho número; como que era Domingo. El representante de la democracia más avanzada ha prometido ir á todos estos ardientes cenáculos. Mil quinientas personas se han aglomerado en una sala donde á duras penas caben quinientas; el calor es tan intenso, la incomodidad tan grande, la falta de aire tan horrible en aquel antro del boulevard Clichy, que muchos piden la gracia de salir porque se ahogan y ninguno puede romper el sólido espeso muro de apretados cuerpos. Y lo peor del caso es que mientras los espectadores se asfixian, el orador no parece. En verdad debe disculparse su ausencia. No es cosa tan hacedera correr de uno á otro extremo el inmenso París; penetrar en salas estallando con la aglomeración de tantas gentes; recibir los tributos y homenajes del público entusiasmo; responder á las preguntas de los electores impacientes ó curiosos; pronunciar discursos que sean verdaderos programas; salir del oleaje de la muchedumbre y escapar á las crispadas manos de tantos sectarios fanatizados, enloquecidos por las pasiones más exaltadas y ardientes, por las pasiones políticas. Pero no pueden templar estas reflexiones al desdichado que ha salido con larga anticipación de su casa, y ha estado horas y más horas de pié ante una puerta; que se encuentra fatigado de alma y cuerpo, incómodo y casi enfermo; todo bañado en sudor, todo molido de empellones, más fuertes que golpes; sordo, á causa del estruendo; mareado por el carbónico de los extraños alientos que han ahuyen-

tado el oxígeno de aquella irrespirable atmósfera; próximo á perder el sentido y á expirar por asfixia. Así no es maravilla que la impaciencia tomara aires de tumulto. Los directores de la reunion se esfuerzan inútilmente en buscar al protagonista, temblando por su responsabilidad; y los comisarios de policía se refuerzan con agentes de orden público, presintiendo un escándalo. En fin, muy cerca ya de las diez de la noche, Rochefort aparece. Universal exclamacion le saluda; y le es casi imposible dar un paso por los entusiasmas que le detienen, que le tocan, para convencerse de su presencia, que le agarran las manos para trasmitirle sus sentimientos. El orador, visiblemente abrumado, toma la palabra y promete ser muy breve. Como sabe bien que podrá decir pocas ideas, dice muchas baladronadas. «Si la Cámara no quiere oirme, exclama, si me obliga á cumplir mi mandato en las calles, aguardo de vosotros que me sigais á todas partes.» Nadie se compromete tan fácilmente al heroísmo como estas muchedumbres sin nombre, y sin responsabilidad. Por consecuencia, todos juran ir á la pelea y á la muerte así que lo mande su representante.

¡Las calles! Nada tiene que hacer un diputado en las calles. Su mandato es legal; su oficio de discusion, de ideas; su arma la palabra y el voto, su barricada la tribuna. Estos hábitos revolucionarios nos han perdido siempre y han malogrado nuestras más preciadas conquistas y nuestros dias más propicios. Enseñándole al pueblo la perspectiva de una revolucion, la cima de una barricada, se le acostumbra á esperar todo de la fuerza, y á no librar nada, absolutamente nada al derecho. Y no hay necesidad de aguijonearlos para que vayan á la pelea á estos pueblos latinos, más prontos á buscar en un minuto la muerte por la libertad que á consagrar á la libertad toda la vida. Tienen el heroísmo de un momento que improvisa soluciones brillantes, pero frágiles, verdaderos seres efí-

meros, y no tienen aquella perseverancia de los sajones, aquella tenacidad de los suizos, que trabajan medio siglo por conquistar una idea, por implantar una reforma; que mil veces vencidos vuelven á luchar en los comicios y en los Parlamentos cual si nada hubiera pasado; que no están jamás seguros de su victoria cuando ven triunfar las ideas, sino cuando las ven aceptadas por la conciencia pública, queridas por la voluntad general, puestas bajo el amparo de todos los poderes públicos y por el concurso de todos los medios legítimos en el altar sacrosanto de las leyes. Luego ¿á qué vais á prometer revoluciones á los pueblos en un dia señalado, á una hora fija? ¿Teneis en vuestras manos las fuerzas sociales? ¿Imagináis que se puede mover el mundo con la palanca de la voluntad individual, y que se pueden calcular los eclipses de la pública autoridad como se calculan los eclipses del sol y de la luna? Los tribunos, los escritores no tienen, como tenia el Júpiter antiguo, siempre el rayo hirviendo y centelleando á su lado, no tienen la revolucion á su arbitrio. Ideas escapadas de muchas conciencias; efluvios esparcidos por muchas indomables aspiraciones; el trabajo lento de los tiempos; las combinaciones providenciales de los sucesos; algo que se escapa á la voluntad de los individuos, y que entra en la categoría de los grandes elementos sociales, decide un cambio radical, una revolucion, casi siempre alcanzada antes por la fuerza de las ideas y las cosas que por las conjuraciones y los combates de los partidos políticos. El estallido de la revolucion es un momento en el tiempo. Pero la condensacion de las revoluciones exige largos años, á veces largos siglos. Sobre todo se necesita una generacion pronta al sacrificio y dispuesta por las generaciones anteriores. El hombre que se compromete á hacer una revolucion en dia dado por su esfuerzo solitario, por su propio ímpetu, por su fanatismo, su ambicion ó su despecho, es como los Césares semi-dioses de los antiguos,

un loco, un verdadero insensato, que cree personificar él solo toda la sociedad.

Así es que aquellos políticos, ó ménos fanfarrones, ó más previsores que no prometian la revolucion para un momento dado, para un dia fijo, caian de la estima del partido republicano en impopularidad verdaderamente triste, verdaderamente aflictiva, porque indicaba con qué asombrosa rapidez cambian las opiniones de los pueblos, y los ánimos se pervierten. Una de aquellas noches del mes de Noviembre fué Gambetta, ídolo del pueblo en el mes de Abril, á estas tempestuosas reuniones; y como pareciera natural á cuantos le rodeaban que subiera á la presidencia, subió. Nunca lo hubiera hecho. La reunion protestó con estrépito, y el orador se vió obligado á decir con franqueza que no queria imponerse al pueblo, y que esperaba la confirmacion de su cargo. Le confirmaron; pero la eleccion de los individuos restantes de la mesa, produjo verdadero tumulto. Uno de los que más gritaban, de los más desafiados, de los más intransigentes, uno de esos que no pudiendo llamar sobre sí la atencion por su mérito, la llaman por sus extravagancias, y que á grito herido se decia enemigo de la propiedad individual, y partidario de la política anárquica; demagogo de temperamento, comunista de tradicion, fué nombrado de la mesa, pero no tomó asiento, porque no queria mancharse con el contacto de un Gambetta, con el contacto de un traidor. A un republicano que sostenia el principio de que los diputados se nombran para el Parlamento y no para las calles, para las discusiones y no para los combates, le interrumpieron á injurias y le ahogaron el discurso en la garganta con los gritos y las vociferaciones de «viva Rochefort,» el expendedor y repartidor de revoluciones en dia fijo, hora precisa, y á domicilio. En cambio fué acogido con espasmos de frenético delirio un orador que levantándose, con las manos crispadas, los ojos centelleantes, la melena es-

parcida, ronca la voz, trémulo el acento de ira, preguntó Gambetta, qué respondia al epíteto de traidor.—«El desprecio,»—debió decir el insigne republicano. Pero en una de esas frases tan admirables por su concision como por su energía, dijo: «No quiero contestar, porque no quiero ser presidente y acusado. No rebajaré la majestad del sufragio universal, hasta defenderme contra el órgano de una minoría usurpadora.»

¡Traidor! Hé aquí otra de las manías de los partidos revolucionarios en Europa: desacreditar á sus jefes, maldecir de ellos, ofenderlos, desautorizarlos; desoir sus consejos leales, burlarse de sus lecciones aprendidas en larga experiencia; ponerlos á los ojos de sus enemigos como vendidos al poder, como traidores á la causa del pueblo que es su propia causa; y luego, cuando merced á todas estas faltas, que son verdaderos crímenes, llega la hora de las desventuras y de las derrotas, fácilmente evitables con solo oir la voz del patriotismo acrisolado y de la autoridad ganada en largos años, echar sobre ellos, los desoidos, los acusados, los puestos en la picota del ridículo, los abandonados de todos, el abrumador peso y la tremenda responsabilidad de las desgracias que han previsto, de las consecuencias que han anunciado, de los males que han querido á toda costa evitar á los suyos, y de que son las primeras victimas, sin haber sido en ellos ni cómplices ni reos.

Y si trataban de esa suerte á Mr. Gambetta, imagínese el lector cómo tratarian á Mr. Carnot, que tuvo el valor heroico de presentarse frente á frente del ídolo de los rojos. Nada le amnistiaba de esta inmensa falta; ni sus muchos años, ni sus largos servicios; ni haber pertenecido al republicanismo francés con una constancia sin ejemplo, ni haber votado siempre en las Asambleas á favor de los derechos del pueblo, con una tenacidad incomparable; ni siquiera su glorioso nombre, el nombre de aquel que ilustró la Convencion, que salvó la

República, que improvisó el ejército de la libertad, que cambió las condiciones de la táctica, que decretó la victoria, que diseminó á los cuatro vientos los soldados de los Faraones de la antigua Europa, como si hubiera renacido en nuestro tiempo la legendaria edad de los milagros. Tantos méritos eran baladíes para aquellos que á toda costa querían la victoria de Rochefort y á toda costa la derrota de su contrario. En vano perdía crédito el célebre folletista; en vano atrasaba el prestigio de su nombre; en vano decaían cada vez más sus discursos, todo en vano; la pasión política tiene la incurable ceguera del amor. Y era el caso que Rochefort, queriendo presentarse como tribuno y como diputado, abrazando profesiones para las cuales no tenía ni aptitud bastante, ni vocación siquiera, ni méritos propios, ni largos estudios, se desacreditaba hasta en aquello en que resplandecía con verdadero esplendor; hasta en su profesión de publicista ligero y gracioso, dotado de la sal del ingenio y de la más grata y más fina ironía, ¡Él! que tantas veces hiciera reír al público á costa de los demás; no debía querer, no, que el público se riera á su costa. Y se reía, porque en sus discursos le pasaba una desventura, un desaguisado por minuto. Distinguíanse estos raquícos partos no sólo por la flojedad de las ideas, por la incorrección de las formas, sino también por su incoherencia y por su extravagancia, y de los denuestos á los juramentados pasaba á la defensa del juramento; de las citas á la calle, y de las evocaciones revolucionarias, á la confesión de que los tumultos sólo podían favorecer al gobierno; de las críticas más rudas de la familia imperial á la atenuación de estas críticas, diciendo que no había atacado en la Emperatriz, ni á la mujer ni á la madre, sino á la regente que presidía los consejos de ministros contra las prescripciones de la ley sálica. Muchas veces sus aduladores le ponían ¡ay! en gravísimos aprietos. «¿Qué conducta vais á seguir, ciudadano?» le preguntaban:

«La que me tracen los electores, respondía, porque pienso estar en comunicación perpétua con ellos.» «¿Y cómo vais á comunicaros con vuestros electores á la continua?» «¿Cómo? Muy fácilmente: voy á construir á mis expensas una sala, donde quepan todos, y á oír sus discursos, y á ver sus votos, y á abrazar la conducta que ellos me señalen.» Francamente, esto de comprar un terreno inmenso en el carísimo París; construir una sala nada ménos que para doscientos mil espectadores; congregarse allí todas las semanas al público electoral; comunicar su conducta pasada y su conducta por venir; pedirlos consejo sobre todos y sobre todo; oír sus voces discordantes, sus opiniones extrañas, sus juicios muchas veces descabellados, sus proposiciones demagógicas, sus votos; todo esto era como teoría política absurdo, como compromiso económico ruinoso, como práctica legal completamente imposible. Así el claro sentido común francés se reía á todo reír de semejantes extravagancias.

Pero las ridiculeces no disminuían ni en número ni en medida. Otro elector preguntaba al candidato qué medios prácticos tenía de destruir el Imperio.—Negarle los tributos, contestaba muy serio.—Bien. ¿Y el ciudadano Rochefort piensa cobrar sus dietas de diputado?—Ciertamente. Pues no faltaba más.—Y si le negamos los tributos al Imperio ¿de dónde va á cobrar el Sr. diputado sus dietas?—Aunque Rochefort era atrevido, no tuvo que responder á esta observación á boca de jarro. Otro elector le decía—«¿Qué creéis de eso de prestar juramento al César?—Que es una infamia.—¿Y cómo lo habeis prestado?—Por parecerme á Proudhon, que se casó á pesar de combatir el matrimonio.» Semejante aserto traspasaba los límites de lo creíble. Con solo saludar los libros de Proudhon, basta para saber que el insigne escritor defendía el matrimonio, su perfecta y eterna indisolubilidad, el amor de los cónyuges hasta más allá de la muerte; el sacrificio de todos

los instintos sensuales de la naturaleza á la castidad del cuerpo y del alma; al afecto jurados á la fé prometida, á la educación y á la virtud de los hijos, que deben ver á sus padres abrazados eternamente, confundidos en el mismo amor, confundidos en el mismo lecho, confundidos en el mismo sepulcro. Los silbidos á tan crasa ignorancia salían de todas las redacciones de periódicos. El renovador de la tribuna francesa quedaba reducido á las proporciones de un gacetillero, sin ninguna ciencia y con mucho valor para hablar de aquello que no entiende. Así no fué extraño que un orador se levantara en plena reunión y dijera que el candidato favorecido del pueblo se llamaba socialista y no sabía lo que era socialismo; declamaba contra el pago de tributos y se proponía percibir su soldada del importe de esos mismos tributos; sonaba la trompeta revolucionaria y á los dos minutos añadía que los perturbadores y revolucionarios estaban al poste de tático y estrecho acuerdo con los cortesanos y con los imperialistas. Los ánimos se encendieron á semejante crítica; los gritos más discordes llenaron los aires; á los gritos y protestas sucedieron los insultos; á los insultos las amenazas, á las amenazas los golpes; y el pobre opositor, á pesar de haber ejercido un derecho perfecto, tuvo que escaparse de la furia de aquellos partidarios de todas las libertades, los cuales, ciegos de ira, le persiguieron por la sala, por los pasillos, le asaltaron furiosos en la calle, y le hubieran quizá herido ó muerto si no interviene la policía y no lo saca de sus garras.

Los despropósitos más grandes corren, vuelan por todo París, dando fuerza al Imperio, al par que daban tristísima idea de la democracia llamada á reemplazarle. Mr. Vermorel, que agota la tinta de las imprentas contra los republicanos ilustres de 1848, y contra Gambetta mismo, dice que «el periódico *La Linterna* es el despertar de la conciencia pública.» Un elector le pregunta si con el importe de su sueldo distribuirá cerveza y

sorbetes á sus electores, Mr. Rochefort, el candidato de los rojos: «Sí, respondió Vermorel, la cerveza de la libertad.» Mr. Moilin, candidato socialista, exclama: «periódicos y diputados engañan á los ciudadanos indignamente; y todas las libertades reclamadas sólo sirven para llevarnos á un nuevo cuarenta y ocho.» Mr. Lullier grita, evocando las revoluciones: «Ha pasado el tiempo de los discursos; Danton se incorpora en su sepulcro: pueblo, dame armas para bajar al combate y destruir la tiranía.» Mr. Folg, dice: «la opinión pública ha ido más allá de los límites del liberalismo,» cuando aun llevaba sobre sí el peso abrumador de la tiranía cesarista. Los franceses claman por que se intenten ruidosas y revolucionarias manifestaciones. Lenormand no quiere ni á los diputados irreconciliables que han dicho cosas óptimas, buenas, como candidatos á la diputación, y han hecho cosas pésimas como representantes del pueblo. Mr. Chatelain comienza así su programa: «Los viejos del partido republicano han muerto, y nosotros no les debemos otra cosa más que las Jornadas de Junio y la deportación»..... ¡Los viejos! Ellos con su moderación y con su prudencia, con el trabajo de muchos años, y con el crédito adquirido en las contiendas parlamentarias; valiéndose de la luz y del rayo de su palabra, despertando la conciencia del derecho en las almas dormidas de los ciudadanos, trajeron la república y la asentaron sobre bases incommovibles; pero vosotros que habíais vivido en paz durante la monarquía, y que no hubísteis hora de reposo en la República; vosotros que malograsteis con vuestras impaciencias la obra de la paciencia; vosotros que pedisteis lo imposible y que calumniasteis á los previsores y á los prudentes; vosotros que reclamabais el derecho al trabajo en manifestaciones ruidosas; que ibais ébrios de cólera, desde las tempestuosas sesiones de los clubs á invadir la Asamblea y á dispersar los representantes del pueblo; vosotros que